

El medicamento en la Medicina de Cámara de Felipe II: Protagonismo de Juan Fragoso

- I. Introducción.**
- II. De Re Medicamenta, o qué medicación se utilizó en Palacio.**
- III. Felipe II ante la terapéutica marginal y medicación blanda.**
- IV. Juan Fragoso, médico y cirujano de la Casa Real.**
- V. El medicamento en Fragoso.**

I. INTRODUCCIÓN

La crisis de salud que Felipe II padeció a lo largo de su vida (1527-1598) así como la enfermedad, agonía y muerte que le suceden en el último verano que el Rey pasa en éste Monasterio, es un tema de estudio que ya ha sido objeto de investigación en varias ocasiones e incluso relacionado y descrito minuciosamente en su temporaneidad.

Por tanto no vamos a insistir en ello ni a pormenorizar los tratamientos farmacológicos o «auxilios de botica» a que le sometieron. Lo que se pretende desde esta exposición es abordar la imagen de Felipe II como hombre enfermo y la actitud que como tal adoptó, es decir, situar en su justa dimensión las características de la medicación que se le administró, y ver hasta qué punto el monarca asumió el régimen académico y ortodoxo de purgas y sangrías que le imponían las coordenadas terapéuticas de la medicina oficial, o si por el contrario su conciencia estuvo más próxima al mundo subterráneo, emocional e intuitivo que le proporcionaban otros valores.

En este comportamiento hallaremos una nueva prueba acerca de esa dualidad, la doble moral tantas veces enunciada por los historiadores como clave para la comprensión de su personalidad. Felipe II se rodea de los médicos más prestigiosos de la época pero en su intimidad, las esperanzas de mejoría y curación estarán en el misterio de una destilación, o en el contacto con una reliquia.

En tan complejo tejido de saberes y sentimientos, la figura de Juan Fragoso, primer médico español que declara conocer la obra de Paracelso, se nos muestra como un importante pilar para el entendi-

miento de ese gesto maniqueista, místico-racional, del ser más poderoso del mundo de la segunda mitad del S. XVI, que no es otro hecho sino el inicio de una «Corte de los Milagros», cuya evolución en el transcurrir de una centuria y una dinastía, se cerrará con el enigmático Carlos II el Hechizado.

II. DE RE MEDICAMENTA, O QUE MEDICACIÓN SE UTILIZÓ EN PALACIO

Felipe II, flemático y propenso a la melancolía, de constitución endeble, sufre la primera dolencia de consideración muy pronto, en 1535; según sus biógrafos, se debió a la ingestión [muy pronto, en 1535; según sus biógrafos, se debió a la ingestión] de pescado en malas condiciones.

Dolores intestinales y de estómago, cálculos biliares, hemorroides, distintas fiebres, asma, sarna, artritis y su famosa gota, serán los achaques que le acompañen a lo largo de su existencia; de ellos, su fiel compañero de viaje es la gota, cuyo comienzo sitúan en 1563, a los 36 años; en 1568, tras la muerte de Don Carlos e Isabel de Valois, ya no podía firmar a causa de la fuerte artritis que le paralizaba la mano derecha. En la década de los setenta su aspecto era envejecido y de enfermo crónico ¹.

De acuerdo con los trabajos y pesquisas al respecto, fueron unos setenta los médicos bien de cámara o de la real casa, que le atendieron ². Si analizamos las biobibliografías de los más significativos, nos encontramos con una considerable representación del status universitario oficial, catedráticos de Alcalá o Valladolid, protomédicos e insignes publicistas, aunque en el numeroso grupo se filtren gentes de menor renombre como es el Licenciado Mochales, médico del Hospital Real de Santiago o, ejercientes en el mismo

1. La historiografía sobre la enfermedad y muerte de Felipe II es considerable destacando los conocidos trabajos de Luis Comenge, Contreras de Pozas o Rico Abello. Una amplia revisión del tema lo encontramos en OLIVEROS DE CASTRO-SUBIZA, M., *Felipe II. Estudio Médico-Histórico*, Madrid 1956.

2. La relación pormenorizada y con abundantes datos documentales puede consultarse en OLIVEROS-SUBIZA, o. c., Apéndice I, pp. 204 y ss.

Escorial, como Andrés González. También algún portugués, como es Enrique Hernández.

Pero, no cabe duda que los más próximos a él y su familia, Alfaro, Gutiérrez de Santander, Olivares, Lázaro Soto, Villalobos, Daza, Cristóbal de Vega, Mena, etc., son los claros exponentes del galenismo humanista y representan las autoridades médicas que, en discusión de cuestiones o a modo de controversias, hacen la consulta directa de los textos clásicos que coordinan con los datos anatómicos aprendidos tras la disección; así, galenismo arabizado, anatomo-fisiólogos, o Mercado, prototipo del escolasticismo médico contrarreformista, será la ideología que prevalece en palacio, cuyo vértice se sitúa en su «divino» Valles, quién gozó de la total confianza del Rey por el conocido acierto que tuvo al alibiarle las molestias de la gota con unos baños de agua tibia ³.

Pero, ¿cómo entendieron todos ellos el medicamento?, ¿qué representaban las drogas y formas farmacéuticas que se le administró?, ¿el arsenal terapéutico que utilizaron?, ¿en que se fundamentaba?

Creemos suficientemente expresivos los datos al respecto: en 1536 le sangran ambas piernas y le purgan con Maná que toma en un caldo de gallina; cuando tuvo varicela, le vuelven a sangrar; la sarna de 1544 se trató con varias sangrías; las frecuentes tercianas que le invadían, siempre las combatieron con sangrías, purgas de agarico y drogas semejantes. Y ésta fue, purgas y sangrías, la mejor manera que sus médicos juzgaron para paliar sus carencias de salud.

Y esto nos evidencia el estado de la cuestión; desde una óptica farmacológica, en el siglo XVI el medicamento es el resultado de unos grados y cualidades que se someten a progresiones aritméticas o geométricas y cae casi en auténticos bizantinismos, según que quien lo diseñe valore más a Galeno, Avicena o Alkíndi. Disquisiciones sobre ello las encontramos en Valles y bastantes más; pero son teorizaciones, pues en la práctica la lista de purgantes de Me-

3. FRANCISCO VALLES DE COVARRUBIAS es médico de Felipe II durante veinte años (1572-1592). Además de la anécdota de los baños que mitigaron el dolor del rey, tuvo éxito en varias ocasiones hecho que le convirtió en insustituible para el monarca. Sobre sus intervenciones ver la bibliografía básica ya indicada.

sué, agarico, maná, mirabolanos, etc. y la «materia médica» de Dioscorides serán los remedios usuales preparados en fórmulas de ocho o diez ingredientes por término medio, que se administran en forma de jarabes, electuarios, píldoras, ungüentos y emplastos con preferencia.

En los autores que hemos mencionado hallamos por lo general algún planteamiento sobre los grados galénicos, pero el grueso de la literatura recae en las reiteradas purgas y sangrías o en el alimento como coadyuvante en el seguimiento del enfermo. Valles (*Methodus Medendi*, 1589) se plantea si muchos remedios o ninguno, si purgantes fuertes y enérgicos o mejor oximiel y medicinas parecidas. Si, cuando no se conoce con exactitud el mal, será preferible aplicar sustancias comunes. Mena muestra gran preocupación por los jarabes, y divaga en torno a la alternativa jarabe simple, jarabe compuesto, tiempo, dosis y circunstancias en que se ha de tomar; en otros lugares de su producción se centra en los alimentos y bebidas que acompañarán al tratamiento médico. Lázaro, muy hipocrático, advierte de la peligrosidad del purgante pues estos pueden a su vez desencadenar nuevas enfermedades. Cristóbal de Vega sitúa en primer plano el alimento y las prácticas higiénicas, y sólo admite el purgante en casos extremos. Una lectura global de los restantes nombres proporciona resultados análogos a los que acabamos de indicar.

Así pues, la constante en la medicación oficial es si el agua fría conviene en las calenturas, qué reglas regirán la sangría, la intensidad en la provocación del vómito, y si el purgante será administrado antes o después de la extracción. Quizá sea el boticario Luis de Oviedo quien de una manera más completa y expositiva nos enseñe qué es el Medicamento. En su «*Methodo de la Colección, reposición... de las medicinas simples...*» (1581/1595), y en la segunda parte que centra en las compuestas, en la más pura línea galénica, define el medicamento como todo aquello que puede alterar nuestra naturaleza, a diferencia del alimento o mantenimiento, el cual puede aumentar pero no alterar nuestra sustancia. El «Alimento Medicamento» es el efecto intermedio, el medicamento que desde todo punto logra resultados semejantes a nuestra naturaleza y que en otros autores aparece denominado como «Medicamento Débil», en oposi-

ción al «fuerte» o «purgante». Con escasas reflexiones sobre los grados, los principales estudios de Oviedo versan sobre las operaciones farmacéuticas de Mesué y como manipular las drogas para paliar la excesiva «malicia» de algunas. Recordemos que el «Methodo» de Oviedo tuvo varias ediciones en el siglo siguiente y fue una pseudo farmacopea en el quehacer cotidiano de la farmacia española; por las fechas de su redacción, la dedicatoria a Zamudio de Alfaro y algún otro aspecto más, podríamos ver en ésta la voluntad e intento de la Farmacopea para todo el Reino que Felipe II dispone en sus pragmáticas.

Por lo referido, comprobamos el panorama y la praxis en que se desarrollaba la terapéutica farmacológica. No es de extrañar que entre el pueblo, curanderos y saludadores ejercieran con éxito su Arte. De igual manera se explica la mala opinión sobre médicos y boticarios, presente en la narrativa de la época; sirva de ejemplo los «Coloquios Satíricos» de Antonio Torquemada (1553/1584) ⁴ donde leemos: «...son tan pocos los buenos médicos, que a penas hay ninguno que no sea malo...» o «...pocas medicinas tienen buenas los boticarios y tan pocas son las que ordenan bien los médicos...» Los libros y escritos moralistas que aparecen en estos años con decálogos y preceptivas a cumplir por médicos y boticarios (R. Fontecha, Aguilera, Enriquez, etc.) son precisamente la respuesta a esa realidad.

En tal ambiente asistimos a la curación del Príncipe Don Carlos, que se levanta como paradigma de las actitudes que los Austrias manifiestan ante su cuerpo enfermo, que de inmediato también observaremos en Felipe II y aun se exagerará en el S. XVII. Es la presencia de una triple postura o gesto que primero protagoniza la medicina oficial, que al actuar con poco éxito necesita de los saberes ocultos de curanderos o hechiceros, para entrar en la fase final de veneración de reliquias. Estamos así ante los tres estados de

4. SÁNCHEZ GRANGEL, L., «Médicos y Boticarios en un Coloquio de Antonio Torquemada», en *Revista Portuguesa de Medicina*, (Janeiro 955) 1-15; «La figura del médico en el escenario de la literatura picaresca» en *Archivo Iberoamericano de Hª de la Medicina* (Madrid), 2 (1950) 493-527. En fechas posteriores han aparecido bastantes publicaciones sobre la opinión pública en torno al médico y boticario, que no reseñamos por escapar a nuestro objeto de estudio.

Ciencia, Superstición y «Pietas Austríaca» o su peculiar forma de religiosidad.

Y decimos que es en el conflictivo hijo primogénito del monarca, y heredero del Reino, el príncipe Don Carlos, en quien por primera vez, por los años sesenta se pone en evidencia tal comportamiento. Veamos cómo se suceden los hechos: el príncipe, cuya precaria salud era de todos conocida, cae por la escalera de su palacio de Alcalá de Henares, caída que le provoca una gran herida en la cabeza. Las atenciones son plenas por parte de sus médicos personales, Cristóbal de Vega Olivares y demás importantes entre los que figuran Daza Chacón, Juan Fragoso y Vesalio, por entonces vinculado a la Corona. Ante los resultados negativos, a pesar de tanta erudición, se avisa al morisco valenciano «El Pinterete» que le aplica un ungüento blanco y otro negro sobre la trepanación de cráneo y demás operaciones efectuadas por los dichos médicos y cirujanos. La herida va peor, pero el cuerpo de Fray Diego que le traen en procesión los franciscanos de Alcalá de Henares, logra su restablecimiento.

Por ser algo tan notorio, sus contemporáneos lo relatan, y desde el ángulo médico contamos por las detalladas descripciones que del curso de su enfermedad y mejoría nos han dejado Daza en su «Práctica y Teoría de Cirujía», y Fragoso en su «Tratado de Cirujía». Ya que en páginas más adelante éste se convierte en objeto de estudio, optamos por su relato. Escribe Fragoso (Cuestión 101 sobre si la erisipela es mala señal en la herida de la cabeza):

«...cayó por una escalera estrecha y se le hizo una descalabrada en la parte posterior de la cabeza, sobre el hueso del colodrillo, que declinaba hacia la parte izquierda; cortose el cuero y la carne y machucose algo en pericráneo. Se le curó metiéndole hasta cuatro o cinco mechas, tan grandes como piñones montados... Después de la cura le vino sudor, le sangraron del brazo derecho y le sacaron seis onzas de sangre... al día siguiente otras seis onzas de sangre le sacan del brazo izquierdo... al poco le dio calentura y se le purgó con maná...» como pasan los días y el príncipe no mejora, es más «la llaga no tiene buen aspecto y le viene frío y calor», el cuadro médico «en sabia reunión» discuten sobre la procedencia de trepanar, o cerrar, o como actuar. Optan por «abrir la herida hasta

descubrir el casco». Lo que sucedió a continuación fueron «ardientes calenturas y luego una erisipela que le rodeó toda la cabeza, orejas, garganta y boca, bajo por los pechos y los brazos y asentose gran parte de ella encima de los ojos; tuvo todo el rostro muy hinchado y estuvo sin ver más de ocho días. Hicieronle apostemas debajo de los párpados; orejas, carrillos y narices se avegigaron...».

Tras un nuevo conciliábulo la duda esta vez es si convenía «se trepanase o rapase hasta la tela de los sesos»; analizada otra vez la herida casi putrefacta, se le aplicán ventosas con saja y sin saja, baños de piernas y locales y «...después le pusieron en la mollera, en las sienes y en las narices cosas que le provocasen el sueño... tomó una purga de jarabe rosado de nueve infusiones... se le hizo una sangría en el pico de la nariz...» etc...

En tan trágico estado, no pormenorizamos más en la descripción, se le unta las llagas con el ungüento del morisco, e «in extremi», a las cinco de la tarde trajeron de San Francisco una muy solemne procesión con el cuerpo del Santo Fray Diego, viniendo delante dos procesiones de disciplinantes que cada día venían de las aldeas y todas las cruces de las parroquias y frailes de San Francisco y toda la clerecia de aquella villa iban en el dicho acompañamiento. y llegando a palacio subieron los frailes el cuerpo que llevaban y puesto encima del altar de la capilla dijeron sus oraciones, y dichas, le metieron en la cámara del príncipe y le pusieron encima de la cama. Entonces dijo el obispo de Cuenca al príncipe que le mirara y que se encomendase a él... y como no podía, abrieronle lo mejor que pudieron con la mano un poco del ojo derecho, y vio el cuerpo del Santo... Acabado de sacar el cuerpo de la habitación, Su Alteza pidió de cenar y cenó dos bocados de un pollo picado y una escudilla de sustancia y luego durmió como una hora... a los pocos días comenzaron las señales de mejoría; le retiran el ungüento del morisco por ser demasiado caliente y le aplican en la llaga manteca de vaca, yema de hueco y trementina. Como comida «una escudilla de caldo que era la sustancia de un capón, de una polla y de una pierna de carnero, y luego de una pechuga de pollo picado, y luego comía de un pastel hecho de pechugas de pollos; acababa con un bizcocho y mermelada o guindas en conserva, y la cena era otro tanto».

Esta narración es de por sí lo suficientemente explícita que no necesita comentario. Pasemos al comportamiento del Rey.

III. FELIPE II ANTE LA TERAPÉUTICA MARGINAL Y MEDICACIÓN BLANDA

El gusto que el Rey mostró por lo hermético, lo mágico y naturaleza maravillosa, alcanza desde alguna de sus facetas como hombre de estado, citemos su pretendida afición a la alquimia para subvencionar los gastos motivados por la Armada Invencible, ya conocido desde 1927 a través de cierta publicación de Rodríguez Marín ⁵ hasta su «Opera Magna», El Escorial, y el esoterismo arquitectónico de su construcción.

Por lo que se refiere a las formas mágicas de sobrellevar la enfermedad, dos grupos testimoniales nos ratifican esa tendencia: de un lado la mítica Torre de la Botica, de otro su inclinación a yerberos y simplicistas, con preferencia flamencos, ya que Flandes es en la Edad Moderna la capilla alquímica del mundo.

El significado de la Torre de la Botica, sus aparatos de destilación, etc., está presente en todos nosotros; allí, como dice Fray José de Sigüenza ⁶ las cosas que se utilizan para preparar medicamentos ya no son las mismas, siendo las mismas: «...en la rosa, achicoria, anís y en la lechuga y aún en el plomo y en el acero, todo queda tan sublimado y sutil, que parece pasaron a otro género y así acordaron

5. RODRÍGUEZ MARÍN, F., *Felipe II y la Alquimia*, Madrid 1927. En este trabajo, clásico para los estudiosos del tema, se dieron a conocer el intercambio epistolar entre el rey y su secretario sobre la contratación de ciertos alquimistas de conocido prestigio en la consecución de moneda de oro.

6. SIGÜENZA, J. DE, *Fundación del Monasterio del Escorial por Felipe II*, ed. de I.8.1. No insistimos en la descripción de la botica o en las menciones que hacen otros autores como son las de Fr. Francisco de los Santos, Fr. Andrés Jiménez, el Padre José Quevedo y demás textos básicos para conocer la historia del Monasterio. Como bibliografía sobre la Botica del Escorial contamos como pioneros en el tema con las contribuciones de ROLDÁN GUERRERO, R., «La Farmacia del Monasterio de San Lorenzo del Escorial» en AUBERSON, L. M., «La Botica del Escorial» en *Boletín de la Sociedad Española de H^a de la Farmacia. Reune d'Histoire de La Pharmacie* n^o 84 (1933) 204 y ss.; n^o XXI (III - 1970) o y ss. HOSSARD, «La Pharmacie de L'Escorial», en *Revue d'Histoire de la Pharmacie*, (IX/X-1961) 206 y ss.

llamarlas 'quintas esencias'». En esa botica además de la farmacopea usual, lo refiere L'Hermite y otros, se encuentra aceite de laudano, tártaro o azufre, tintura de perlas, solución de coral, aceite de vitriolo o solución de hierro, es decir, los productos y medicinas que en España no serán de terapia popular hasta avanzado el siglo XVIII.

En el mismo contexto situamos a Francisco Holbeque, Juan Vicencio, Luis de León, Juan Sanchois ⁷ y todos los maestros en destilación y simplicistas que obtienen las aguas de plantas raras que encuentran o intenta aclimatar en los alrededores de los palacios reales de Aranjuez, Segovia y San Lorenzo. Incluso en esta misma línea interpretativa se podría contemplar la presencia de Hernández de América, la búsqueda de secretos en la flora andaluza que también hace Hernández con Fragoso o el interés que el rey manifiesta por la botánica asiática, qué prefiere se la describa el mismo Fragoso, por si los especialistas oficiales García d'Orta, o Cristóbal de Acosta no tuviesen la sangre suficientemente limpia, a causa de su origen portugués.

Cuando leemos con lentitud a sus cronistas, son abundantes las referencias que en ellos se hallan sobre la desconfianza del monarca ante los saberes oficiales; citemos por mencionar los menos oídos hasta ahora, el registrado en la fundación de la botica del Monasterio: el Prior Juan de Huete, en carta a Pedro del Hoyo comunica el acuerdo de ejercer ellos como boticarios dada la imposibilidad de encontrar uno, y cojer un mozo y que «éste haga las medicinas como se las ordenáramos y fueren necesarias»... y «así tendremos mejores y más ciertas medicinas»... «que el boticario de S. M. busque y envíe un mozo concertado»... (1563) ⁸.

Otros datos de interés son que Francisco Franco médico del rey de Portugal en su Libro de Enfermedades contagiosas y de la preservación de ellas (1.569) al hablar del Mitridato refiera que Felipe II acababa de mandar a las Andalucías al gran herbolario Francisco de Castilla, encargado de coger todas las plantas medicinales que encontrara y llevarlas al Jardín de Aranjuez ⁹.

7. OLIVEROS-SUBIZA, o.c., Documentos I-IV, pp. 225 y ss.

8. MODINO LUCAS, M., *Los Priors de la construcción del Monasterio del Escorial*, Madrid 1985, 2 ts.

9. CHINCHILLA, A., *Anales de la Medicina*, t. II, p. 93 (en la biografía del médico Francisco Franco).

O, cuando el Padre Sigüenza se refiere a Fray Lorenzo de Monserrat ¹⁰... «natural de Borgoña hace profesión por marzo y aunque le recibió la mayor parte del convento el año del noviciado que es tan importante para esto, lo pasó como él quiso, y aunque es verdad que traía el hábito, me parece más su profesión de donado que de fraile y al fin no se cómo se fue, porque ni era corista ni lego, ni nada. Mostráronle el Rey y la Reyna mucho amor; tenía mil habilidades en hacer perfumes, pastillas, adobos de guantes, almohadillas de flores y cosas de esta suerte; tuvo el tiempo que vivió a su cargo las cosas de la sacristía...»

Sin consuelo en la medicina, Felipe II consecuente con su homo religiosus, cultivó su amor a los santos mártires, su culto a las reliquias, y hará de sus relicarios el centro de su intimidad, de tal forma que hasta su dormitorio lo sitúa junto a él. En su entorno social esto era sabido, Fray Jerónimo de Toledo una vez le confiesa que la reliquia de San Sebastián, le ha ayudado más que las piedras bezohares que le han dado por su vejez ¹¹.

Lo cierto es que desde los comienzos de la fábrica escurialense se cuida y preocupa por la consecución de reliquias; el tema, muy bien abordado por Checa en épocas recientes, nos pone sobre la pista de la religiosidad del monarca y la manifestación tan «sui generis» del sentimiento religioso español, que alcanza su máxima expresión en las procesiones y festividades religiosas del barroco ¹².

El Padre Sigüenza de nuevo nos proporciona la información inmediata al monarca y nos habla de la importante remesa que sobre

10. SIGÜENZA, J. DE, o.c., p. 64.

11. MODINO LUCAS, M., o.c., p. Acerca del valor de las reliquias en la mentalidad de los Austrias, devoción y vida religiosa del monarca, CHECA, F.: *Felipe II mecenas de las Artes*, Madrid 1992, pp. 284 ss. Sobre el conjunto de reliquias del Escorial.

12. ESTAL, J. M., «Felipe II y su perfil religioso en la historiografía de los siglos XVI y XVII, en *La Ciudad de Dios*, 187 (1974) 549-581. (El capítulo más delicado de la tesis doctoral titulada: «La personalidad religiosa de Felipe II a través de la documentación inédita referente a las reliquias guardadas en la Real Biblioteca Laurentina Escurialense y la General del Palacio de Oriente en Madrid); CAMPOS, F. J., «Carta de Fundación y Dotación de San Lorenzo el Real, 22-IV-1567. Estudio Crítico», en *La Ciudad de Dios*, 197 (1984) 295-382. IDEM, *Un manchego en los orígenes del Escorial: Fray Hernando de Ciudad Real, tercer prior (1571-1575)*, Ciudad Real 1989, pp. 41-43.

restos de San Lorenzo ya se consiguió sobre 1572. Fr. Martín de Villanueva era del encargado de la custodia ¹³. Antes en 1568 año que muere Don Carlos e Isabel de Valois, se le dice al prior de Santa Engracia en Zaragoza que se traigan con «cuidado y celo» a San Justo y Pastor, y a los padres de San Lorenzo de Huesca.

Por todo el mundo se buscan las reliquias que pueden no ser suficientemente valoradas en lugares de herejía. La cabeza de Santa Undelina mártir, reina de Sicilia, de los Santos Macabeos o de las once mil vírgenes. Otras se traen de iglesias y monasterios alemanes. En 1597 se habían juntado cerrado y sellado cuatro cajas grandes de reliquias que iban a caer en mano de herejes y se trajeron envueltas en lienzos encerados para que el agua y la nieve no pudieran ofenderlas. Una quijada de Santa Inés, un brazo de San Ambrosio. Nos dice Sigüenza que: «Su Magestad las adoró con suma reverencia y alegría,... y andaba tan codicioso y tan santamente avariento de esto... que en ninguna parte las tenía seguras, de todo sospechaba y recelaba. Cuando la última enfermedad «hacía que le pusiesen muchas de ellas en los ojos y en la boca y en la cabeza, y en las manos donde le apretaba aquellos días la gota»...

A partir del 5 de julio de 1598, cuando entra en los preámbulos de la muerte, las reliquias se colocaron junto al lecho. Según el día del santoral, prestaba mayor atención a unas u otras aunque mostró mayor predilección por la Magdalena. Además de acariciarlas, se cubría el cuerpo con ellas y se las colocaba sobre todo en ojos y boca. Al saber que le abrirían la pierna, mandó le trajeran algunas de las demás santas reliquias que tenía el Monasterio con solemnidad eclesiástica, entre ellas figuraba la rodilla entera de San Sebastián y una costilla del obispo Albano; después pidió el brazo de San Vicente Ferrer y lo aplicó a la rodilla apostemada. Escribe Sigüenza que sabía de memoria todas las reliquias que tenían los jerónimos, y que pedía se las pusieran sobre las partes lastimadas, junto con la Cruz y el agua bendita que se echaba como remedio para el calor en la frente y rostro. Los laterales de la cama y las paredes del dormitorio las llenó de crucifijos e imágenes.

13. SIGÜENZA, J. DE, o. c., pp. 60, 195, 208 y 467.

Del gran relicario de El Escorial nos da idea el que Damián Bermejo, en el inventario de bienes del Monasterio que hace tras la invasión francesa, cuente un total de 7.421 reliquias. No se ha de olvidar que las incorporadas en el S. XVII, fueron también muy numerosas.

IV. JUAN FRAGOSO, MÉDICO Y CIRUJANO EN LA CASA REAL

Juan Fragoso nace en Toledo en 1530 y muere en 1597. Los conocimientos biográficos son muy escasos ¹⁴. Se sabe que graduado de Bachiller en Medicina en Alcalá en 1552, pasa a ejercer a Sevilla y junto a Francisco Hernández herboriza por Andalucía. Hace el sacramento de cirujano de palacio en 1570, al servicio de la Reina Ana y más tarde estará al servicio del propio Rey. Nos aparece así que su ejercicio fue paralelo al de Valles, y que debió ser testigo muy directo de los últimos males del monarca, ya que muere tan solo un año antes que él. Hemos de advertir que hay autores, es el caso de Rico Abelló que le sitúan actuando en los partos de Isabel de Valois, fallecida en 1568, luego su vínculo con la familia real podría ser anterior y así explicar que en 1566 dedicara su obra «Catálogo de los Medicamentos Simples» al primer médico, Gutiérrez de Santander. Pero, ¿por qué Fragoso es distinto de esos setenta médicos que cuidaron a Felipe II, y a que se debe su mención aparte?

Los rasgos diferenciales que a *grosso modo* hemos de enunciar son en primer lugar su conocimiento de Paracelso y su confesión escrita de haber leído la *Cirujía* de éste a través de un texto expurgado en el índice inquisitorial. Después habríamos de referirnos a sus signos de modernidad con sus continuas alusiones a Falopio, o Gesner, y su inclinación a citar autores europeos antes que a los es-

14. Además de los repertorios biobibliográficos al uso, Hernández Morejón, Chinchilla, etc., la mayor información sobre Juan Fragoso con un sentido actualizado, la hallamos en LÓPEZ PIÑERO, J. M., *Ciencia y Técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1979, pp. 364-366., y en LÓPEZ PIÑERO, GLICK, NAVARRO y PORTELA, *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, t. I, p. 355, donde además se encuentra la bibliografía secundaria correspondiente.

pañoles. Es interesante subrayar de igual manera su defensa de la terapéutica mercurial para el tratamiento de la sífilis frente a sus coetáneos yerberos (zarzaparrilla y guayaco) así como su intento de dar a conocer las drogas de origen asiático y su identificación o similitud con las americanas o españolas. También, para potenciar su categoría profesional repetiremos lo ya estudiado: conocedor de la reforma vesaliana, refleja el propósito de fundamentar la práctica quirúrgica en los saberes morfológicos; es famosa su postura en contra de la vía particular de Hidalgo de Agüero, y la historiografía siempre le menciona por haber tratado los aneurismas con ligaduras.

En el conjunto de su obra hay dos aspectos que destacan y es su doble faceta de cirujano y botánico. Como cirujano es sorprendente el seguimiento medicinal que describe en sus operaciones y que convierte su Tratado de Cirujía en un auténtico formulario; en cuanto a su actividad botánica insistimos en su materia médica oriental y la interpretación de las diferentes toponimias que intenta dilucidar.

Antes de pasar al análisis de su obra, veamos la cita que hace de Paracelso, (Tratado de Cirujía, pág. 446 de la ed. de 1643): «...El Licenciado Fragoso al lector: Tratando los días pasados un caballero humanista de estos avisos quirúrgicos y de las novedades que contienen, le oí decir una cosa que me cuadró mucho y fue que eran tomados de Teofrasto Paracelso, el cual se aparta del camino ordinario y de la doctrina antigua en todos sus escritos... Y porque es cosa digna de perpetuar que se sepa la vida de aquel autor tan peregrino y extraño en las obras, diré lo que escribe del Conrado Gesnero... y pondrelo en latín como lo escribió porque a los romancistas hará les poco caso saber vidas ajenas y los curiosos y doctos gustan mucho más de verlo en su lengua». Tras el texto de Gesner sobre Paracelso, añade: «Después que escribí esto tuve en mi poder la Ciruja Magna y Parva del dicho Teofrasto Paracelso, expurgada conforme al nuevo catálogo y expurgatorio del Santo Oficio por el doctor Juan del Llano de 1573.»

La producción científica de Fragoso es como sigue ¹⁵:

15. No todos los autores coinciden, ya que para algunos el Antidotario y otras partes de la Cirujía lo consideran como escritos distintos. Información sobre ello, de donde hemos entresacado nuestra relación se halla en los repertorios usuales de H. Morejón, Chinchilla, Picatostes y Palau.

1. «Catalogus simplicium medicamentorum, quae sin inusitatis huyos temporis compositionibus, praesertim musuaei et Nicolai, aliorum penuria invicem supmunter tum ex dioscoride, Galeno, aetio, Paulo, tum etiam et arabibus antiballomena graecis dicuntur et nostrae aetatis medicis quid pro quo Joanne frago toletano medico.» (Compluti apud petrum robles et Villanova anno 1566, In 8°).

2. «Erotemas quirúrgicos, en los cuales se enseña lo más necesario del arte de cirugía, así para el examen de ella, como para exercitarla, con una glosa en que se contienen muchas cosas de curiosidad y de doctrina». Madrid, 1570 en 4°.

«Erotemas quirúrgicos, en que se enseña lo más principal de la Cirugía con sus glosa» Madrid, por Pedro Cossio, 1570 en 4°.

«Erotemas cyrurgicos...» Madrid, por Francisco Sánchez, 1573, 8°.

3. «Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales y de otras muchas medicinas simples que se traen en la india oriental y sirven al uso de medicina. Autor el licenciado Juan Fragoso, médico y cirujano de su majestad». Madrid, 1572, por Francisco Sánchez. En 8°, 211 folios de texto.

Picatoste y Rodríguez nos dice que «fue traducida al latín por Israel Isachio y publicada en Estrasburgo por Juan Martino en 1600 y 1601.

El privilegio Real se dio en el sitio del Pardo a 27 de marzo de 1572. Las aprobaciones son del Doctor Ortega con fecha 3 de marzo y del Licenciado Alonso de Vallejo el 7 de mayo. Hay una epístola dedicada a Doña Juana de Austria, Princesa de Portugal e Infanta de España, y un prólogo al lector. Sigue el sumario y una tabla de autores consultados. El texto se compone de 70 discursos sobre las plantas de las Indias, indicando sus propiedades y aplicaciones».

4. «De los medicamentos compuestos». Madrid, 1575, en 4°.

5. «De succedaneis medicamentis, liber denuo auctus. J. F. Toletano médico et regiae magestatis chururgo auctore. Ajusdem Animadversion, in quam plurima medicamenta composita, quorum

est usus in hispanicis officinis». Madrid, 1575; ib, por Gómez, 1583; y Sevilla por Manuel Sandí, 1632 en 8.º.

Esta obra es un tratado de materia médica, en el que se estudian los principales remedios que se administraban en aquella época. Frago atribuye a los medicamentos cuatro facultades: 1.º) La general y común a todos, que puede ser cálida, fría, seca o húmeda. 2.º) La capaz de producir en el cuerpo mutaciones sensibles como la extenuación, la laxitud, la construcción, etc. 3.º) La que puede producir ciertos fenómenos particulares, como la orina, la menstruación, etcétera. 4.º) La de determinar otros accidentes, como son los venenosos.

Considera como medicamentos sucedáneos, aquéllos que gozan de unas facultades idénticas, y por tanto son los únicos capaces de sustituirse en la curación de las enfermedades.

Describe los medicamentos por orden alfabético, detallando su historia natural, dosis y modo de administrarlos; al final de cada uno expone los medicamentos sucedáneos que les pueden sustituir, en caso de no hallarse en la botica los primitivos. Además, pone en lengua castellana los nombres correspondientes a cada planta.

Según Picatoste y Rodríguez, en 1575 se publicó su obra titulada «De Succedaneis Medicamentis», impresa por Cosín en Madrid, publicada de nuevo en 1583, ampliando las descripciones botánicas contenidas en «Catalogus simplicium medicamentorum».

Se halla aprobada por Francisco Vallés, diciendo que contiene cosas útiles para los médicos, y principalmente para los boticarios.

6. «De la cirugía, de las evacuaciones y antidotario». Madrid, 1581, en folio.

7. «Cirugía universal». Madrid, Viuda de Alonso Gómez, 1581.

Idem. Ahora de nuevo revista, enmendada y añadida. Madrid, Viuda de A. Gómez, 1586.

Idem. Añadida en esta quinta impresión. Alcalá, Juan Gracián, 1592.

Palau y Dulcet dice que «en el Catálogo Sora se cita otra reimpresión de Madrid, 1596, que nunca hemos visto».

«Chirurgia universal, enmendada y añadida». Alcalá de Henares, Juan Gracián, 1601, fol.

Idem... Madrid, Carlos Sánchez, 1643, fol.

Esta obra es una recopilación de tratados. «El primero es una suma de proposiciones contra ciertos avisos de cirugía; el segundo acerca de diversas heridas y muertes; el tercero de los aforismos de Hipócrates, tocantes a cirugía; el cuarto de la naturaleza y calidades de los medicamentos simples». Autor, el licenciado Juan Frago, médico y cirujano del Rey nuestro Señor, y de sus altezas. Madrid, 1666, en folio.

La obra está dividida en dos partes, subdividiéndose la primera en setenta y un capítulos, en los cuales trata de anatómica. Este tratado es un compendio de anatomía, en el que se encuentra recopilado lo más útil y necesario que sobre este campo habían escrito los principales anatómicos del siglo XVI. En varias ocasiones resalta la necesidad que tiene el cirujano de conocer perfectamente la anatomía, para ejercerla con dignidad.

Segunda parte de la Cirugía compuesta por el licenciado Frago. Propone ciento veintitrés cuestiones, sobre otros tantos aspectos generales de la anatomía y cirugía. «Tratado de las evacuaciones». Considera como evacuaciones en cirugía, la sangría, la purga, el vómito, las ventosas, las sanguijuelas, los baños, los clísteres, el sudor, el ejercicio y las fricciones; considerando como las más importantes la sangría y la purga.

«Antidotario de los medicamentos compuestos, de que en este libro se hace mención, y de otros experimentados por el autor para diversas enfermedades». El antidotario es una colección de fórmulas de ungüentos, aceites, pomadas, unturas, emplastos, etc.

«Tres tratados de cirugía nuevamente enmendados y añadidos por el licenciado Juan Frago, médico y cirujano del Rey nuestro Señor». El primer tratado se titula: «Suma de las proposiciones de cirugía que el Licenciado Juan Frago enseña, contra unos avisos que imprimió un doctor a esta Facultad en el año de 1584.»

Tratado segundo. «De las declaraciones que han de hacer los cirujanos acerca de muchas enfermedades y muchas maneras de muertes que suceden.»

Tratado tercero. «De los aforismos de Hipócrates, tocantes a la cirugía, con una breve exposición sobre cada uno de ellos. Por el licenciado Juan Frago, etc.» Comenta 67 aforismos.

«De la naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples. Ahora nuevamente añadidos por el licenciado Juan Frago.»

Picatoste y Rodríguez, dice que en 1601 se agregó a la obra de «Chirurgia Universal», el tratado «De la naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples», en el que se citan numerosas plantas, fijando su verdadero nombre y localidad.

V. EL MEDICAMENTO EN FRAGO

Presentamos bajo este epígrafe una lectura global de su «Antidotario» y de la «Naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples», para después pasar con una mayor profundidad al estudio de su «Discurso de las cosas aromáticas».

El «Antidotario» supone un extenso formulario que estructura por formas de administración. La justificación de éste escrito la da el mismo autor en el prefacio al indicar: «...considerando pío lector cuan necesario sea al cirujano saber la esencia de las cosas con que cura para usar mejor dellas, y que muchas se contentan con la corteza de los nombres y que en nuestros libros de cirugía impresos otras veces, faltaba algo de esto, acordé hacer un Antidotatio o recopilación de medicamentos compuestos así de aquellos de quien hace alguna mención la obra como de otros muchos que yo tengo experimentados para diversas enfermedades; algunos de los cuales son de los ordinarios que hay en las bitucas, y muchos de los que mandará hacer los cirujanos cuando les viniere bien a cuenta...».

Si cuantificásemos con detenimiento el número de autores a que se remite en este texto, no cabe duda que el primero es Galeno pero son frecuentes también las menciones de Mathiolo, Ambrosio Paré y

Falopio a quien sigue fielmente, y sobre quién leemos expresiones como estas: «Falopio dice ser esto cosa de burla y no haber hallado que sea cierto. Lo mismo podré decir yo hasta ahora»... o... «Falopio escribe que tiene por muy familiares polvos de escama de hierro y escama de cobre y yo he experimentado...» Nombres españoles que encontramos son Alcázar, Arceo o «los boticarios de Su Majestad, Espinar y Diego de Burgos».

El mayor número de medicamentos corresponde a las formas de ungüentos, emplastos y aceites, dado que la finalidad es con preferencia la curación de heridas y llagas; los emplastos de cal, plomo y otras sustancias de origen mineral son frecuentes, así como el aceite de vitrio-lo o el mercurio, cinabrio o bermellón para bubas y semejantes. En el ungüento para mal francés, sirva de ejemplo, nos dice (fol. 371)...» «todos los ungüentos para untar las coyunturas en esta enfermedad llevan azogues por ser medicamento muy experimentado, y así casi no han de diferir unos de otros sino en la cantidad del azogue porque según la diversidad de las edades y complejiones se diferenciarán cuanto a la cantidad desta medicina...» y más abajo añade: «llamanle también materia o instrumentos de todas las curas porque se le añade otras diversas medicinas según la variedad del mal y del paciente.» Consciente de la polémica mercurial, Fragoso aclara que (fol. 373) «algunos hay que sienten mal de la unciones por causa del azogue del cual dicen que repercute y echa los hombres a partes nobles lo cual es error, antes, como enseña Nicolao Massa no repercute sino que resuelve y quita la causa de la enfermedad las más veces por evacuaciones manifiestas y algunas insensiblemente y como dice Fernelio su manera de obrar es deritiendo y adelgazando los humores para que más fácilmente salgan y en caso que resulte algún daño del azogue naturaleza se corrige y el médico con cosas que conforten... Más porque hay algunos tan temerosos y obstinados que se dejarán antes morir que untarse con el azogue y piden que en su presencia se haga el ungüento sin ello diremos de cierto medicamento para cumplir con esta gente ... esto es mezclar el ungüento doblado peso de cinabrio que es bermellón completa el tratamiento con agua de palo o zarzaparrilla usual, una vez acabadas las unciones mercuriales».

El capítulo de aguas merecería tratamiento a parte por la cantidad de información que facilita; como confirmación de ello men-

cionamos el «Agua Ardiente» que toma de Conrado Gesner y además explica: «...Este licor de raras virtudes que como nota Raimundo Lulio se suele llamar quinta esencia como diferente elemento de los cuatro, que pueden conversar y dar sustento. Y así también la llamada “aquae vitae” que quiere decir agua de la vida el cual nombre como dice Arnaldo merecido por sus obras porque es de las cosas que más preserva de corrupciones y porque sustenta la vida y detiene la vejez conservando el calor natural, clarificando la sangre, mundificando el hígado y confortando los miembros. Dice Raimundo que sólo tiene poder sobre el cuerpo pero sobre el alma porque quita los pesares y melancolías, conforta el entendimiento para penetrar cosas dificultosas y sutiles pone osadía, hace que no se sienta tanto el dolor y el trabajo y otras muchas cosas que sería largo de contar. Sabiendo igual que en el caso anterior los detractores dice: El dr. Cristóbal Vega condena a los médicos que la aplican en dolores hechos de mucho humor...»

Pero veamos, por no haber tiempo ahora, a Fragoso como curioso de la flora asiática:

La obra «Discursos de las Cosas Aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen la de India Oriental, y sirven al uso de medicinas», sale a la luz en 1572. Los 70 discursos ocupan 211 folios, en los que se hace en general una exposición resumida acerca de las características, unos en Medicina y preparaciones farmacéuticas de las sustancias de que tratan. Cada uno de los 70 discursos lleva el nombre de una droga, y está dedicado fundamentalmente al estudio de ésta, si bien describe también ampliamente otras drogas que guardan alguna relación con ésta.

Los discursos están agrupados alfabéticamente por el nombre de la droga que les da el título, y dentro de cada grupo están numerados correlativamente.

En general, cada discurso está organizado de forma que en primer lugar describe la procedencia de la droga que da nombre al discurso, a continuación estudia la etimología del nombre, y finalmente de la descripción y usos de la droga. La organización expuesta anteriormente puede considerarse para la mayor parte de los discursos, pero hay que tener en cuenta que Fragoso no sigue un orden

estricto en el desarrollo de la exposición de la totalidad de los discursos.

Para dar una idea más exacta de la organización de los discursos, a continuación transcribimos textualmente el «Discurso segundo del Anacardo», donde además describe ampliamente la Cebadilla.

«Los Griegos modernos que tuvieron algún conocimiento del Anacardo, le llamaron así, por la semejanza que tiene en la figura y color con el corazón. Hállase gran copia de él en Cananor, Calicut y en otras muchas provincias de la India Oriental. Serapión alega falsamente a Galeno como si hubiera conocido este fruto. Dicen algunos ser su facultad venenosa y mortífera. Lo cual es contra la experiencia, porque en las regiones índicas le dan infundido en suero a los asmáticos y contra las lombrices. Y cuando están verdes, usan de ellos con sal en los manjares, como quien come aceitunas adobadas. Bien es verdad que estando secos los gastan en lugar de cáustico, o raptorio para los lamparones; conforme a lo cual se podría decir, que si participan de alguna calidad ponzoñosa, será cuando están secos porque la humedad superflua de los verdes, refrena y tiene impedida la fuerza del calor. Y por toda la India Oriental los usan mezclados con cal, para sellar los paños. Tienense por calientes y sacos en el tercer grado, y acerca de otros en el cuarto, especialmente los nacidos en el monte Aethna de Sicilia, llamado por otro nombre Mongibello que arde siempre, y en otros montes comarcanos al mismo reino, como son el Bolcan y Astrongalo. Hacese (aunque muy raras veces) por las boticas unas confección que llaman Anacardina por razón de este fruto, la cual dice Mesué llamarse también confección de sabios, por hacer buena memoria, aunque también dicen que vale para encender y levantar calenturas en las enfermedades muy frías. Pero así lo uno como lo otro no carece de peligro, como está experimentado en especial lo de la memoria, que habiéndola algunos recuperado por virtud de este medicamento, quedaron faltos del juicio y estimativa. Suele venir a Portugal otro género de anacardos de la región del Brasil, que llaman Caious. Nace de un árbol grande, que tiene las hojas como de peral, y el fruto a manera de un huevo de gansa, así en el tamaño como en la figura, que está también lleno de un jugo agudo como el del

anacardo usual. Tiene dos cortezas en donde se halla el aceite, y dentro un meollo blanco y suave de comer como los Alfonsigos, del cual usan los propios moradores, tostándolo para cumplir con sus apetitos, y ni más ni menos del dicho aceite que tienen por gran secreto contra los empeines y la sarna.

A propósito de la virtud fuerte del anacardo, ocurre otro fruto, o simiente venida de Nueva España, que llaman Cebadilla, por la semejanza que tiene con nuestra cebada en la espiga y en la hoja. La cual es el más fuerte cáustico que jamás se ha oído, al menos de plantas, en tanto grado que en donde es menester cauterizar o consumir alguna carne podrida (echando el polvo en la llaga) hace el mismo efecto que haría el fuego actual. Y si para esto quieren refrenar la gran fuerza de esta simiente, desatan el polvo en agua rosada o de llanten, mojando en la misma agua unos pañitos o hilas para poner encima de la llaga o cáncer, acudiendo después a otros medicamentos que encarnen y cicatricen conforme al buen juicio del cirujano docto y experto. Aunque a la verdad el que fuere tal y conociere las facultades de nuestras medicinas ordinarias que aquí se usan (que no son pocas) podría muy bien pasar sin saber ésta, y otras semejantes, si no fuese por curiosidad. Y principalmente para dar infinitas gracias a nuestro creador y redentor del mundo, que no faltó en toda la tierra y mares con grandísima abundancia de remedio repartiéndolo aquí unos, y allá otros». (fol. 12, anv.).

En cuanto a la enumeración de los términos contenidos, el mayor número por supuesto lo constituye el grupo de drogas de origen vegetal, pero veamos los otros dos reinos:

Drogas de origen animal y sus derivados

- | | |
|---------------------|-------------------------|
| — Aceite de raposa. | — Cera. |
| — Almizque. | — Cola de toro. |
| — Caldo de ave. | — Colmillo de elefante. |
| — Caldo de carnero. | — Conchas de almejas. |
| — Caldo de pollo. | — Conchas de ostras. |
| — Cáscara de huevo | — Coral. |

- Sueros vacunos.
- Estiércol de aves.
- Hiel del puerco espín.
- Hígado de pescado.
- Hueso de elefante.
- Huevo.
- Huevo de ansar.
- Huevo de gallina.
- Huevo de gansa.
- Lacre.
- Leche.
- Leche de cabra.
- Manteca.
- Manteca de vaca.
- Miel.
- Miel rosada.
- Orina de lince.
- Queso añejo.
- Sebo.
- Simiente de ballena.
- Suero.
- Suero de cabras.
- Suero de leche.
- Uña olorosa.
- Valdrés.

Drogas de origen mineral

- Agua acerada.
- Agua salobre.
- Alabastro.
- Almagra.
- Alquitrán.
- Azogue.
- Bolo arménico vulgar.
- Cal.
- Carbón.
- Carbuncos.
- Cinnabrio de la antigüedad.
- Cobre.
- Cristal.
- Greda.
- Hematite.
- Hierro.
- Lapis lazuli.
- Lejía fuerte.
- Mármol.
- Naptha de los antiguos.
- Oro.
- Petróleo de Italia.
- Plata.
- Plomo.
- Restaña sangre.
- Rubí.
- Sal.
- Salmuera.
- Solimán.
- Topacio.
- Turquesa vulgar.
- Vidrio.

También es importante resaltar que Fragoso acepta fielmente la Teoría Humoral de Galeno. Así vemos como las drogas citadas parti-

cipan de las cualidades: frío y seco, frío y húmedo, caliente y seco, o caliente y húmedo. La cualidad que más frecuentemente aparece es la de caliente y seco.

Son drogas calientes y secas:

ANACARDO.—«En tercer grado según unos, y en cuarto grado según otros.»

BATRE.—«En segundo grado según Fragoso.» «En la opinión de Avicesa es fría en el primer grado y seca en el segundo.»

CANELA.—«Caliente en el tercer grado y seca en el primero.»

CARLO SANCTO.—«Más que en el segundo grado.»

CLAVOS DE ESPECIAS.—«En tercer grado.»

GUAYACAN.—«En segundo grado.»

NEGUNDO.—«Compleción caliente porque tiene agudeza como el Mastuerzo.»

PIMIENTA DE LAS INDIAS.—«Casi en cuarto grado.»

RAIZ DE SANCTA ELENA.—«En el segundo grado.»

SASAFRAS.—«Caliente en el primer grado y seca en el tercero.»

TABACO.—«Caliente en más que segundo grado y seca en el primero.»

ZARZAPARRILLA.—«En el segundo grado.»

ANIME.—«Caliente en el segundo grado y seca en el primero.»

ENCIENSO.—«Caliente en el segundo grado y seca en el primero.»

TACAMAHACA.—«Caliente en el tercer grado y seca en el segundo.»

CARAÑA.—Caliente y seca en tercer grado.

COPAL.—Caliente en el segundo grado y templado en sequedad y humedad..

BALSAMO.—Es en el segundo grado.

Son Calientes y Húmedas:

CAMOTES.—«Su compleción es parecida a la de las chufas.»

CHUFAS.—

MUSA y MANA.—Que lo es en primer grado.

Frías y secas

Son los Mirabolanos, Camphora que «Según Avicena y Seralion es fría y seca» pero Fragoso afirma que es caliente en el segundo grado.

Frías y húmedas son:

CAÑA FISTULA.—Húmeda en tercer grado y templada entre calor y frío, y

MANGAS.—Cuya complexión como la de los DURAZNOS.

En cuanto a los autores que menciona como citas de autoridad y referencia, nos aparece en primer lugar Plinio a quien menciona 35 veces, seguido de Dioscorides (31), Galeno (25), Serapión (15) y Avicena (14). Ya en menor número Teofrasto (10), Mesué (8), Ludovico Romano (5), Mathiolo Senes (5), Averroes (3), Agrícola (3), Oviedo (3), y con dos citas nos encontramos a Actuario, Aecio, Alberto Magno, Cardano, Conrado Gesner, Cornelio Celso, Juan Costa, Matheo Silvatico Nicolás Leoniceno Orta, Plateario, Vesalino, Anfres Laguna Avenzoar. Ya una sola vez nos aparece el nombre de Carolo Clusio, César Escaliger, Valerio Cordo, y una serie de personajes míticos e históricos que nos dicen mucho de sus bastos conocimientos pero muy poco de las cosas aromáticas de las Indias Orientales. Por todo ello este texto es un abigarrado conjunto de conocimientos botánico médicos, pero que no corresponde en ningún momento al nombre, y que nos hace sospechar por la fecha de redacción, 1572, que Fragoso lo que pretendía era exponer su conjunto de conocimientos, sin centrarse demasiado en el tema en sí. Más interés vemos en la relación de procedencias vegetales que establece:

PROCEDENCIA.—(Presentamos una selección con las más significativas por ser descritas en sus contemporáneos).

Nos aparece, a veces ampliamente comentado, el origen geográfico de las siguientes drogas:

ALGARROBAS.—Según nuestro autor, se crían en los valles del Perú, y en los lugares y marítimos de España. (Fol. 80, rev.).

AMBARE.—Se encuentra en la India de Portugal. (Fol. 36, anv.).

AMOMO.—Los médicos persas y turcos de Nizamaluco, «rey poderosísimo de Decan», decían que no se criaba en la India, sino que provenía de Asia, Persia y Arabia, junto con las otras medicinas aromáticas que se utilizaban para preparar los Alexifármacos o Antídotos contra veneno. (Fol. 15, rev.).

ANACARDO.—El Anacardo se encuentra en gran cantidad en Cananor, Calicut y en otras muchas provincias de la India Oriental. También se encuentra en el monte Aethna de Sicilia o monte Mongibello, y en otros montes del mismo reino, como el Bolcan y el Astrongalo. (Fol. 12, anv.).

Arbol cuya segunda corteza es contra cámaras. Este árbol se encuentra en el Nuevo Mundo. (Fol. 35, rev.).

TRISTE.—Se halla en la ciudad de Goa, y «dicen que proviene de Malaca». (Fol. 33, anv.).

AVACARI.—El Avacari se encuentra en la provincia de Malabar. (Fol. 35, anv.).

AZAFRAN INDICO.—Se localiza en la India Oriental, principalmente en Malabar, Cananor, Calecut y Goa. (Fol. 27, rev.).

BABOSA.—Según Fragoso, existe en gran cantidad en la India Oriental, localizándose la mejor en Socotera. (Fol. 20, anv.).

BANGUE.—Es originario de la India Oriental. (Fol. 39, rev.).

BER.—Se encuentra en las regiones índicas y orientales, como son Canara y Decan. (Fol. 63, anv.).

BETRE.—Se cría en todas las regiones marítimas de la India Oriental. (Fol.).

CUBEBAS.—Los indios de Levante toman las Cubebas en Vino, para cumplir con sus apetitos venéreos y para calentar el estómago. (Fol. 119, rev.).

BEXUCOS DE QUIMBAYA.—Nacen en la provincia de Quimbaya. (Fol. 198, anv.).

BRINDONES.—Se hallan en la región índica de Portugal. (Fol. 60, anv.).

CACERAS (raíz).—Se localiza en Goa, ciudad de la India Oriental. (Fol. 96, anv.).

CAIOUS.—El Caious es originario del Brasil. (Fol. 13, rev.).

CAMOTES.—Como dice nuestro autor, son originarios de «nuestras Indias». Se hallan en gran cantidad en Méjico y en Mechoacán, desde donde se trajeron a España.

Se cultivan en España en los mismos lugares que la Caña de Azúcar, como Málaga, Vélez Málaga y otros sitios de Andalucía. (Fol. 97, rev.).

CHUFAS.—Las Chufas se emplean contra la tos, porque son muy pectorales. (Fol. 97, anv.).

FAUFEL.—El Faufel cuando está verde, se utiliza para quitar los dolores, porque tiene la propiedad de adormecer. (Fol. 138, rev.).

GALANGA.—La Galanga se emplea para curar las enfermedades frías. (Fol. 141, rev.).

GUACATANE.—El Guacatane se usa para limpiar y cicatrizar las «llagas de las partes ocultas». (Fol. 117, anv.).

GUAIAVAS.—Se utiliza contra las cámaras. (Fol. 122, anv.).

LYCIO.—«Zumo espeso que se obtiene por cocimiento de las ramas de un árbol del tamaño de un Frexno, y con las hojas pequeñas como el Brezo o el Taray»; Dioscórides describe estas hojas como las de Box. Dicen que tienen flores, pero no fruto. Tiene numerosas espinas y el leño es duro y pesado, por lo que «los moradores llamaron a este leño Siemprevive». (Fol. 155, rev.).

MANA.—«El Maná, es un cierto vapor muy grueso, que levantado de la tierra y aguas en tiempo de estío, con la fuerza del Sol, y después muy adelgazado y cocido, se congela con la frialdad de la noche siguiente. Y así espesado, descende y se asienta sobre los árboles, hierbas y piedra.» (Fol. 158, rev.).

Comenta nuestro autor que, antiguamente se consideraba el Maná como un género de Miel. así, Galeno le llama «miel de rocío» y «miel del aire». Virgilio lo describe como un «don celestial», y Theophrasto como un «humor meloso».

Plinio lo define de diversas maneras: como «sudor del cielo», «saliva de las estrellas», o «zumo del aire». Sobre este tema Fragoso opina que el Maná sólo difiere de la Miel, en que es más grande y en que no es producido por las abejas.

La complexión del Maná es caliente y húmeda en el primer grado. (Fol. 158, rev.)

MANA DEL ENCIENSO.—«Es el polvo que se produce al frotar entre sí dos trozos de Encienso». (Fol. 137, anv.).

MYRRA.—«La Myrra es la lágrima de un árbol espinoso y duro.» Este árbol tiene la corteza lisa y semejante a la del Madroño; sus hojas son como las del Olivo, aunque más retorcidas y picantes.

Según Fragoso, algunos dijeron erróneamente que el Benjuy es «muy escogida Myrra». Galeno escribe que la Myrra se falsificaba con la goma de un árbol venenoso, llamada Opocalpaso. (Fol. 170, rev.).

OPIO.—Fragoso lo define como «el zumo, goma o lágrima obtenida por incisión de una hierba llamada Papaver o Dormidera». Hay muchos tipos de Opio. El del Cairo, considerado según el autor como el Thebayco, es blanco y de gran valor. El Opio de las proximidades del «Mar Bermejo» es negro y duro.

El Opio es frío y estupefactivo. Produce acostumbamiento, sueño, esterilidad e impotencia.

PERLAS.—Existen varias opiniones en cuanto al origen de su formación. Unos dicen que las Perlas son parte de las conchas, otros que se forman a causa de una superfluidad, y otros que su formación es debida a una enfermedad. También dicen algunos que son huevos que forman las conchas, y que en el interior del mar están blandas, y que al salir de él se vuelven duras. Chares Mytileneo, en su libro 7 de las historias de Alexandro, las llamas «huesos»; sin embargo, Plinio las considera «parto de las conchas». Fragoso concluye diciendo que la mejor teoría de

todas, es la que considera que la Perla se forma «en la carne de la concha», de la misma manera que se formaban las piedras en la carne de los animales.

Entre las Perlas, se encuentran unas llamadas por los latinos Uniones, que son grandes, y otras menores llamadas Margaritas, «que son el verdadero Aljofar».

Fragoso dice que las Perlas mejores son las más grandes y pesadas, las más blancas y transparentes, y las más redondas y lisas. Las Perlas se deshacen en Vinagre, como las Cáscaras del huevo.

Con el tiempo las Perlas pierden peso y color, Limpiándolas con Arroz y Sal, vuelven a tener sus características originales. También se limpian al comerlas las palomas.

El valor de las Perlas se mide mediante harneros de Cobre.

Existen diversos tipos de conchas de las Perlas: Las Cheripo, que son blancas y «son consideradas como las mejores», y las Chanco, llamadas vulgarmente «madre de Perlas». (Fol. 28, rev.).

PIEDRA BEZAAR.—Sobre la naturaleza de la Piedra Bezaar hay teorías muy diversas. Conrado Gesnero opina que esta piedra se forma en la cabra montesa. Sin embargo, otros dicen que se engendra en el estómago de un animal parecido a la cabra, llamado pazar o cervicabra, que se encuentra en Corasone y Persia, del tamaño de un ciervo y del color de las Bellotas maduras o de las Berenjenas. El centro de formación de la piedra es una fina paja, alrededor de la cual se van formando capas igual que en la Cebolla. Plinio también piensa que se forman en las cervicabras, y su teoría es que estas cervicabras se alimentan de fieras, y después de comer, para disminuir la furia del veneno, se introducen en el agua. A continuación comen muchas hierbas. Contra este veneno, y del veneno y de otras hierbas mediante el calor se originan las piedras.

Otras teorías afirman que «los ciervos viejos en la India, se comen las culebras para rejuvenecerse y se zambullen en los ríos para despedir el veneno; de esta forma, con sólo la cabeza fuera

del agua, les sale humor por los oídos que con el calor del Sol se transforman en piedras semejantes a Bellotas».

Según Alvaro Mendel, la Piedra Bezaar se cría en los riñones de ciertas cabras montesas de Arabia. En cambio, Serapión escribe que es mineral.

TABAXIR.—«Zumó espeso o licor procedente de un árbol, que se encuentra entre los nudos de las ramas llamadas Mambú». El árbol que lo produce es grande como el Alamo, sus hojas son como las del Olivo y sus ramas son muy nudosas.

El Tabaxir es dulce, blanco como la leche, y grueso como el Almidón. Algunas veces aparece oscuro o de color ceniza debido a la humedad o por haber estado mucho tiempo en el árbol.

Comenta Fragoso que los autores arábigos tenían poca información del Tabaxir; unos decían que eran las raíces de cañas quemadas, y otros que era el hueso o colmillo quemado del elefante.

En las composiciones de los árboles, de administración oral, a falta de Tabaxir ponen Rosas, «ya que éstas tienen la misma acción». (Fol. 199, anv.).

TAMARINDOS.—Son los frutos de un árbol que tiene el tamaño de un Frexno, Nogal o Castaño. La madera del árbol es fuerte y estable, y las hojas son aserradas.

Los Tamarindos tienen forma de arco y contienen unos huesos amarillos, del tamaño de los Altramuces, que son redondeados y lisos. Cuando están verdes tienen un sabor ácido suave.

Además de usarse estos frutos, se emplean las hojas del árbol que los produce. (Fol. 203, rev.).

TURBIT.—Planta silvestre, de raíz mediana, con hojas y flores con las del Malvavisco. Es insípida, y tiene una goma en la parte baja del tallo.

«Existe otro tipo de Turbit que se denomina Turbit de la tierra, del que se dice que es la raíz de ciertas Cañahejas.»

Algunos pensaban que el Turbit es el Tripolio de los griegos, otros que es la raíz de Pytiusa, y otros la de Alypo.

Opina el autor, que los autores modernos piensan que el Turbit altera el cuerpo, siendo mejor utilizar otras plantas para la misma acción, como el Agarico o la raíz del Mechoacán. También se podría emplear el Turbit mezclándose con otras medicinas. (Fol. 25, anv.).

Tras la descripción que acabamos de presentar, y si consideramos este análisis externo en el marco referencial de sus coetaneos, el Discurso de Juan Frago se nos presenta como un diccionario de términos botánicos que a su vez, y tras la selección de nombre que hace el autor, se nos convierte en una antología de las plantas más cuestionadas en la materia médica de su tiempo.

Y así, con la visión de Juan Frago cerramos un aspecto más que nos sitúa a Felipe II en una sociedad en expansión donde por todas partes surgen elementos que anuncian el cambio, y donde el horizonte histórico de Felipe II como hombre de ciencia anula la visión estereotipada de su corte y su política.

Sagrario MUÑOZ CALVO
Universidad Complutense
Madrid